

conflagración y tormenta, y en la cabeza las vegetaciones azules y doradas del jardín de la fantasía.

¿Recuerdan ustedes aquella especie de símbolo con que yo solía expresar mi estado moral y psicológico, suponiendo que mi cerebro era un campo de batalla donde lidiaban incesantemente las rectas y las curvas, encarnando las rectas la vida real, el buen sentido y los severos estudios, y las curvas la imaginación y la pasión? Pues en el último período de mis trabajos, cuando convenía apretar las clavijas y hecharme en brazos de las rectas, las curvas habían vencido, y un imposible, una novela, un extravío, un fantasma me sacaban de quicio, entregándome al desorden y a la irregularidad, y retrasando una vez más el término de mi carrera—la emancipación.

Quise recobrar en breve plazo el tiempo malamente perdido. El salir mis tíos a su excursión varaniega me devolvió un poco de serenidad para consagrarme a los libros. En ellos me sepulté, pasándome las noches en claro a fuerza de tazas de ese brebaje que conocemos por *café de exámenes*, y que hacemos echando un puñado de café a hervir en un puchero hasta que suelta todo el jugo, y bebiéndonos después a pasto la amarga infusión. Fué aquello una desesperada gimnasia mental, una carrera loca para recuperar lo que no se asimila en días, ni en meses. A veces sentía vértigos; parecíame que mi masa encefálica se volvía caldo y mi sangre se carbonizaba, por falta de sueño, de paseo y de reposo. Me acostaba cuando ya cantaban los pajaritos; dormía cuatro horas escasas; y el cuerpo no me pedía alimento; en ciertos momentos del día tuve hasta fiebre.

Como suele suceder en casos tales, hociqué precisamente en lo más fácil: en el condenado *derecho administrativo*. Respondí con lucimiento a dos preguntas, y al formularme la tercera, que carecía completamente de importancia, advertí como un agujero

en mi cabeza, un espacio vacío donde no se dibujaba ni la nebulosa de una idea referente a aquella parte del interrogatorio. Lo dije con absoluta sinceridad: «No me acuerdo».

Y al regresar a casa, con el *suspense* sobre el espíritu, ¡empieza a delinearse sobre el fondo de la memoria la necesaria respuesta...! Como placa fonográfica que en momentos dados repite los sonidos un tiempo depositados en ella, mi memoria devolvía automáticamente—cuando no se necesitaba ya—la definición y las palabras mismas del libro... De tal modo me irritó aquella inútil y tardía facultad, que me dí un puñetazo en la frente. Si pudiese emprender a a cachetes con la memoria... la emprendo, de fijo.

XI

¡Qué a pechos lo tomó mi madre! el tropiezo momentos antes de llegar a la meta la desatinó. Sus cartas tenían que leer. Díjome claramente que me creía entregado a vicioso dominado por alguna bribonaza, la cual bribonaza me apartaba del estudio. «Tu madre es muy lógica y razonable en eso—afirmaba Portal—¡Cómo ha de concebir que por patoso y desaborido hayas perdido el año! La verdad es que nadie se lo figura. Si Belén fuese la culpable... hombre, entonces» El resultado de las sospechas de mi madre fué llamarme a Galicia. Quería verme por sus ojos, regañarme con su propia boca, enterarse de cómo me había dejado la enfermedad, averiguar a ciencia cierta el nombre y las truhanerías de la supuesta pirindonga, embaucadora y sonsacadora de inocentes alumnos... Mamá, desde la Ullosa, pretendía saber al dedillo todos los riesgos, emboscadas y escollos en que puede estrellarse un joven de mi edad, perdido en la vorágine cortesana. Desde este punto de vista,

sus cartas eran a veces un tesoro de advertencias cómicas.

Su primer pregunta, al llegar yo a la Ullosa, fué algo parecido a esto: «¿En qué mano caiste? Vamos, sé franco con tu madre. No me ocultes nada. ¿Estás malo? Yo haré que te vea el médico de Cebre, que es una gran cosa. ¿Y tus tíos? ¿Por fin te dieron la patada, verdad? ¿Te fuiste de allí porque no podías resistirlos? ¿Tu tía es una empalagosa? Ya me lo sospechaba yo». Todo se lo sospechaba la buena de mamá, menos lo único cierto...; y de fijo que si alguien se lo indica, ella responde con indignación: «Mi hijo no es capaz de andar en líos con señoras casadas. Tiene más decencia y mejores principios que todo eso. ¿Lo oye usted?».

Desde que descansé en la Ullosa, mi mayor deseo —¿quién no lo adivina?— fué ver a la titi. ¿Dónde se encontraba? De fijo en el Tejo o en Pontevedra... No necesité mucho tiempo para noticieros, mi madre, con su pandilla de espías, y noticieros, se mostraba siempre muy enterada de la vida exterior de aquel matrimonio. Justamente revelaba entonces mamá gran alegría y satisfacción por una particularidad que la lisonjaba mucho: Carmen Aldao no estaba en cinta... «Puede que no tengan hijos», me decía sin disimular el júbilo. Y yo, con tono y acento muy distintos, impulsado por otras esperanzas, bien diferentes de las de mi madre, contestaban sordamente: ¡Puede que no los tengan. Pocos días después, mi madre se manifestó alborotada y preocupada por noticias frescas, también referentes al matrimonio. Con aire misterioso vino cierta mañana a despertarme, trayendo en la mano una carta de Pontevedra. «¿No sabes lo que escribe Josefina Montero?—preguntó en tono enfático, que no se explicaba por la importancia de la nueva.—Tus tíos se han ido a los baños de la Toja». «¿Está enferma Carmen?» pregunté con ansiedad. «No, es él... Tiene un golpe de erisipela feroz».

Todavía añadió mamá otro parrafito chismográfico. «En Pontevedra no hay más conversación sino de Candidiña, la mujer del señor de Aldao, y lo que va a suceder entre ella y su hijastra. ¿No sabes? El viejo, después que se casó de tapadizo y negó la boda a puño cerrado los primeros meses, de repente se desvergonzó y... me sale de bracete con la chiquilla. Es una irrisión verlos por las calles, ella tan maja y tan sobresaliente y él arrastrando los pies. El bajón que ha dado en poco tiempo D. Román, no te lo quiero decir. Un espectro. Ella parece que le hizo tragar que ya tuvo un mal parto; y el viejo está que se le cae la baba pura. Te digo que ahí se prepara un sainete. Algunos cuentan si Castro Mera los visita o no los visita... Habladurías; pero bien empleadas le están al vejete. Ultimamente ella encargó a París un sombrero. ¿Qué tal? ¡Candidiña con sombrero de París!».

Manifesté mi indignación contra semejante abuso, y pocos días más adelante supe, por la acostumbrada estafeta que comunicaba los acontecimientos a mamá, cómo muy en breve regresarían a Pontevedra mi tío y su mujer. «Dicen que Felipe viene bastante mejorado. Lo dudo». Y preguntando yo por qué dudaba de la mejoría, respondiome moviendo la cabeza: «Al tiempo, en fin, ahora vienen a Pontevedra porque quieren armar unas fiestas muy lucidas, más lucidas que las del año anterior; tu tío y Castro Mera son los que revuelven el cotarro... Dicen que no se habrán visto otras iguales. Intrigas de ellos; yo te enteraré, para que no te chupes el dedo como los bobos. Dochán... ¿no conoces tú a Dochán? pues es un tuno muy largo, aún más largo que tu tío, al menos para estas intriguillas de por aquí; en Madrid no sé; hablo de esta tierra. Así que Dochán vió que tu tío se casaba, tomaba el tole y dejaba el campo libre, discurrió que él podía hacerse dueño de la provincia agarrándose a los faldones de Sotopena. Procuró metimiento con Lupercio Pimentel, le llevó la corriente,

supo adularle en dos o tres cuestiones... En fin, él se las arregló de manera que Sotopeña diese de codo a tu tío y empezase a servirse para todo de Dochán. Por poco le revientan lo de la casa de Correos; sólo que Castro Mera paró el golpe. Pero minaron el terreno en cuanto se refiere a la Diputación: echaron abajo al Presidente, que era suyo, y plantaron a otro: dos cuartos de lo mismo en las Comisiones; en fin, no hay hechura de tu tío que no dance. Ahora, sólo para darle un bofetón—como que desde que se casó don Román, tu tío anda en pugna con el cuñado—le regalaron a éste la plaza que pretendía en el hospital. Felipe está que brama; y no sabiendo qué hacer para desprestigiar al *Santo*, dicen que mandó poner en *El Teucrense* unos artículos terribles descubriendo mil picardías... Además, Castro Mera, que es listo como una pólvora, tanto revolvió y tanto hizo, que consiguió que no le brindasen a Lupericio Pimentel la presidencia del Certamen literario... ¿se dice así? eso, el Certamen. A pretexto de que nos hacía falta un literato muy famoso, les metió en la cabeza convidar a uno que se llama... ¿me acordaré? Sí... don Apolo Añejo...»

Echéme a reír: conocía al personaje por las pulas de la crítica festiva, por la continua zumba de los estudiantes, que habían personificado en el autor famoso elegido por los pontevedreses la literatura de redoma y la poesía momificada: «Parece—continuó mamá muy seria—que ese señor es el más nombrado en Madrid. Te cuento esto sólo para que veas que llevan la pugna a todos los terrenos tu tío y Dochán. Están a matar. No se sabe quién triunfará; pero ya es una cuestión que se ha enzarzado tanto, que andan furiosos y un día se pegan. ¡Y los periódicos! *El Teucrense* y *La Aurora* no hacen sino insultarse. Si se comen... figúrate qué chiripa. Damos a la Peregrina una misa cantada».

Al saber que mis tíos estaban de vuelta en Ponte-

vedra, entróme invencible afán de ver a Carmen otra vez y resolví ir a toda costa a las fiestas. No dejó de ser empresa bastante árdua: mamá, impresionada por mi fracaso en la carrera, lejos de decirme como otros años: «Diviértete y come, que bastante trabajas en invierno», me repetía la consigna de estudiar, de estudiar a destajo, de recobrar lo perdido. No obstante, puse tal empeño que conseguí la apetecida licencia; y mi madre se decidió a acompañarme, porque le saldría más cara mi estancia en la fonda que en su casita. Salimos, pues, hacia la capital, la *Helenes* de los revisteros. Inmediatamente que llegamos, pasé a ver a mis tíos; no así mamá, detenida por una cuestión de etiqueta. «Que venga primero Carmen—dijo—que es más joven.»

Yo no me paré en tales requisitos y fui... ¿qué es ir? Corrí; creo que me llevaron las piernas solas a aquella casa. Era un piso chiquito, donde habían metido apresuradamente algunos muebles, residuos de la antigua habitación de mi tío Felipe, hoy alquilada para oficinas de Correos. Los trastos eran viejos y pocos; pero mi títi había conseguido prestarles un aspecto muy agradable de orden y limpieza. La doncella, la gallegueta desasnada en Madrid, me conoció, me recibió en palmas y me dejó pasar, sin tomarse ni el trabajo de anunciarme, considerándome parte integrante de la familia.

Entré. Siempre me gustaba sorprender así a Carmiña, porque dada la vehemencia de su carácter, la era muy difícil reprimirse en los primeros momentos y no dejar asomar a la superficie el alma. Acerté de medio a medio, pues al sentir el ruido de mis pasos, al verme en la salita donde estaba haciendo labor, la impresión fue tan fuerte, que no sabía que contestar a mi saludo: se trababa su lengua. De tal modo se sobrecogió, que yo era el que permanecía relativamente sereno, dueño de mí, a pesar de mi estudiantil in-experiencia para los casos pasionales. Cogí sus ma-

nos, que en la palma humedecía ligero y helado sudor; la arrastré hasta la ventana, y clavé los ojos en su rostro, que encontré más pálido, más desenchajado que nunca. Pugnaba por que nos sentásemos como en visita, muy formales; pero no lo consentí, y la mantuve junto a los vidrios, sin saciarme de ver su cara. Estábamos tan cerca, que yo siendo más alto, podría bien fácilmente inclinarme y robarle el supremo bien, el sello de amor, el ansiado beso, favor dulcísimo que implica los restantes; pero me detuvo, más que el respeto, la piedad, el temor de cubrir de vergüenza aquellas mejillas mustias. Si la besase, de fijo quedaría una mancha roja en la faz. Sí; yo veía el beso apetecido señalado como la marca que imprimía allá en otros tiempos el hierro candente del verdugo. No; besarla nunca. Reprimiendo la tentación, estrujaba sus manos, incrustaba mis dedos en la palma trémula. Consiguió por fin llevarme hacia el sofá, y sentándose en él, me señaló la butaca, donde me hundí. Entonces con acento suplicante y opaco murmuró:

—Déjame, Salustio; anda.

Aquella voz me rasgó el pecho. La solté. Ya me encontraba tan turbado como ella y comprendía que ni uno ni otro podíamos expresarnos por medio de palabras, y el único lenguaje sería el abrazo largo y mudo. Con gran sorpresa mía, Carmen se rehizó, cobró aliento, se echó atrás y pronunció con firmeza:

—Salustio, una vez te dije que no me siguieses ni me importunases. Ha llegado el caso de repetírtelo. No vuelvas por aquí, y menos cuando yo esté sola. No me hagas más desgraciada de lo que soy. ¿Quiéres ponerme en el compromiso de avisar a tu tío y cerrarte la puerta? Pues no me arredra el hacerlo. Hay ocasiones en que rompo por todo.

Tardé en responder, haciendo un llamamiento a mi sangre fría. Me recogí, y sin cólera, como el que ruega objeté:

—Ya que me echas, permíteme hablar. Quieres

que no venga. No puedo vivir sin verte. Tú tampoco respiras; estás desmejoradísima, enferma y triste. Te has ido poniendo así desde el día de tu matrimonio. ¿No te sirve de alivio verme y hablar conmigo un rato? ¿Por qué te niegas a recibir esta distracción o este consuelo? ¡Si vieses lo que has variado desde que te dejé! ¿Que no? Bueno, no volveré a molestarte; pero explícame siquiera en qué te perjudican mis visitas. ¿Es tu marido que se opone? ¿O eres tú la que escrupulizas y me despides?

Echóse atrás nuevamente en el sofá, y antes de responder me miró. Por instantes resplandecían sus pupilas y se transfiguraba su rostro. Su voz era entera y pura al contestarme:

—Los dos. Mi marido, si comprendiese lo que ocurre, naturalmente que lo desaprobaría; y yo, que estoy enterada, lo desapruebo. Sí, es verdad que ando enferma y triste, y parece que ni ganas tengo de vivir; pero no es porque tú no vengas... Al revés. ¿Cómo te lo explicaré? Atiende bien, trataré de descifrártelo. Un día me dijiste que no atenderías a mi honra... Mi honra es mía y nadie atentaré contra ella, porque no lo consentiré; pero para hablar tu así, es que yo te he dado lugar a que pienses disparates. Esto es culpa mía, culpa mía solo desde luego te digo que en mi conducta hay mucho que censurar. En vez de dar consejos a Cándida, vale más que me observe a mí misma... Ahora me parece que he soltado un despropósito. ¡Ni en mi conducta, ni en mis hechos descubro nada que pueda avergonzarme realmente... sólo que mejor sería que no hubiesen mediado entre nosotros ciertas... tonterías, tonterías tuyas! Hago mal en hablar contigo de estas cosas; pero sienta allá en mis adentros que es mejor que nos expliquemos.

—Expliquémonos—suspiré.

—Verás con qué claridad. Tú te has figurado que yo no quiero a mi marido, y hasta que siento por él... así... una especie... de repugnancia. Has tenido valor